Prólogo

He aquí que veo a mi padre, he aquí que veo a mi madre, a mis hermanas y mis hermanos. He aquí que veo el linaje de mi pueblo hasta sus principios. Y he aquí que me llaman, me piden que ocupe mi lugar entre ellos, en los atrios del Valhalla, el lugar donde viven los valientes para siempre.

Antiguo proverbio nórdico.

Costa de Escandinavia. Año 1221.

—¡Mi jarl, el avance de Haraldsen es inminente, debemos partir de inmediato! Por favor debemos darnos prisa, el barco nos espera, pero tenemos que partir ya —gritó un soldado—.

El jarl Knut Gormsson era ya un viejo vikingo. Aún conservaba su porte de guerrero, sin embargo, le costaba caminar y estaba cansado de luchar. No deseaba escapar en medio de la noche como un ladrón, pero Haraldsen quería destruirlo y cada vez que los encontraba su pueblo se debilitaba más y más; había perdido más de noventa personas entre hombres, mujeres y niños, y ya no podía protegerlos. Su amada hija Helga, con un avanzado embarazo, era su mayor preocupación. El heredero era lo único que importaba y debía proteger su descendencia. Desde el otro lado, Haraldsen, aquel poderoso y joven guerrero, que pronto se convertiría en Jarl de su propio clan, quería hacer desaparecer a los Gormsson aunque él no estaba dispuesto a concedérselo.

La llegada al barco tardo más de lo esperado. La tormenta de nieve no les permitía avanzar con rapidez y sentía que sus piernas se le congelaban. Su hija Helga y su yerno lo ayudaban a caminar por las resbalosas piedras que rodeaban la costa. La única esperanza era subir cuanto antes a aquel barco y partir hacia Escocia, donde otros colonos nórdicos ya se habían asentado. Les tomaría un tiempo llegar con sus compatriotas.

Al hacerlo, abandonaría su condición de jarl pero nada de eso importaba, Helga lo vengaría junto al heredero y Kjetill Haraldsen pagaría caro la traición.

Aquel bebé debía nacer y así continuar el legado de los dioses. Los Gormsson llevaban la sangre de aquellos que desde el mismo Asgard reinaban protegiéndolos. Las Asynjur los habían bendecido con su sangre y era su deber que así continuara sucediendo, esparciendo su semilla a través de los tiempos. Los guerreros de Asgard continuarían viviendo en ellos.

Minutos después eran alcanzados por un grupo de guerreros comandados por el maldito Haraldsen. Las mujeres y niños se habían refugiado cerca de la costa en los acantilados junto a los ancianos y el viejo jarl encabezó el contrataque a los guerreros.

Su hija era una escudera innata y no podía permitir que él muriera. Sabía que era un riesgo debido a su embarazo, pero era la líder de las escuderas y debía guiarlas a la batalla. Con valentía y decisión, tomó su espada y luchó a la par de su clan.

Los embates que propiciaba eran realmente certeros. A su paso, dejaba un reguero de enemigos que no tenían chance ante aquella mujer. Uno a uno iban cayendo en su trayecto hacia el lugar donde se encontraba su padre, quien luchaba con dificultad defendiéndose de los enemigos.

Mientras avanzaba, uno de los guerreros enemigos lanzó su lanza y alcanzó el brazo de Helga, tirando su espada al piso y haciéndola caer de rodillas. El muy maldito se acercaba hacia ella decidido a terminar con su vida.

Su esposo vio con desesperación aquella escena, temiendo no solo por ella sino por su primogénito. Helga estaba inmovilizada por el dolor, la lanza estaba clavada en su brazo dejándola desprotegida, provocándole una herida que no dejaba de sangrar. Sin dudarlo corrió con dificultad en la espesa nieve, interponiéndose entre el atacante y su esposa. Lastimosamente, la estocada que iba dirigida a Helga lo atravesó en el estómago, a la vez que su daga lograba dar muerte al atacante, quien se había acercado demasiado dejando expuesto su cuello.

Kjetill se había horrorizado al observar con sus azules y oscuros ojos, aquella escena, su larga melena dorada le impedía ver con claridad, sin embargo, a pesar de la distancia y de su cabello alborotado por la batalla, aquella mujer, no podía ser otra que su amada. Helga no debía morir, y su estúpido guerrero había estado a punto de matarla. A pesar de haber sido rechazado, amaba con locura a esa mujer.

La guerra era con su obstinado padre, pero ella prefirió a su clan.

Helga gritó tan fuerte que su dolor se esparció por todo el campo de batalla. Al ver a su hija en ese estado junto al cadáver del muchacho, el jarl sacó fuerzas de su interior y lideró a sus hombres a la victoria. Para ese momento, Haraldsen había decidido no ser el causante del dolor de aquella mujer, retirando sus hombres. Estaban a salvo y era, por el momento, lo único que importaba. Sin embargo, otro ataque y su clan perecería para siempre.

Sobre la blanca nieve iluminada por la luna, podía seguirse el rastro de sangre que dejaba Helga mientras era llevada fuera del campo de batalla hacia el navío.

Cuando por fin estuvieron a bordo, Gormsson respiró aliviado. El frío lo había alcanzado y aun le quedaba mucho por hacer antes de partir.

Pero no era él quien le preocupaba. Era su amada hija y su embarazo; estaba pálida y desmejorada. No quiso sacar ninguna conclusión, pero ya había visto esos síntomas antes en sus batallas. La infección había comenzado a mostrarse.

✸ ✸

Dos semanas después, Helga no mejoraba. Había estado muy débil desde que habían partido y la fiebre no cesaba.

—Hija, deberías descansar —gritó el jarl, a la vez que corría hacia Helga quien quería incorporarse—. El viaje será largo y necesitas recuperar fuerzas —comento con resignación—.

Bien sabía lo que significaba esa fiebre, su hija no resistiría mucho más. Solo un milagro podría salvarla. Las mujeres que la cuidaban le aseguraron que el bebé nacería a término pero que Helga se encontraba en condiciones desfavorables y que, al momento del parto, quizá necesitaría que el Dios Thor intercediera por la madre.

Un mes después, ni el mismo Dios pudo hacer algo por ella.

—Padre… —dijo Helga ya casi en sus últimos suspiros de vida, mientras la tormenta golpeaba al barco y lo hacía mecerse violentamente—, debo confesarte algo. Hace unos meses me entregue a Kjetill. El bebé… —ya casi no tenía voz, pero en un último esfuerzo continuó—. Cuídalo bien y no permitas que se lo lleve. ¡Júralo! —con sus últimas fuerzas, se quitó el gran medallón que adornaba su cuello, entregándoselo a su padre, ese que acompañaría y definiría el destino de aquella criatura.

Y, mirándolo suplicante, cerró sus ojos por última vez.

Su querida hija guerrera estaba ahora en el Valhalla, el paraíso de los combatientes, acompañada por Odín y las Asynjur. Rogó entonces por esa sangre, las diosas habían abandonado a Helga, pero habían perdonado a ese bebe. La profecía continuaba a pesar de la traición. Mirando a su amada escudera, entendió el por qué había resistido más que cualquier otro. Su último objetivo había sido dar a luz. Las Asynjur la habían protegido después de todo.

Asintió con lágrimas en los ojos, quizá por primera vez en su vida, y se quedó mirando a su amada hija lleno de preguntas. El viejo Jarl no salía de su asombro. Su hija había confesado el origen de la bebé y, en sus últimas palabras, pidió por su protección.

Helga había dejado su legado, una hermosa niña a la que llamaron Kaysa, quien había nacido en medio de una noche de tormenta con un mar tan poderoso como su llanto. Era la viva imagen de su madre, y su grito al nacer había hecho estremecer hasta al mismo Thor que había lanzado un trueno ensordecedor en el instante exacto en que vino al mundo.

El jarl estaba complacido, su nieta era la heredera de sus tierras y ella reclamaría su lugar, pero por el momento lo importante era protegerla. Era su prioridad. Así lo había prometido, y nada ni nadie podría alguna vez dudar de su sangre.

✸ ✸

Norte de Escocia. Tres meses después.

Los pocos habitantes nórdicos que acompañaban al jarl se iban debilitando a medida que avanzaban por esas nuevas tierras. El clima frío no era un problema, tampoco la nieve. Sin embargo, el cansancio, la falta de refugio y la escasa comida se estaban haciendo notar. Algunos ya comenzaban a dudar de las promesas del jarl de llegar a los asentamientos del sur, y se sentían escépticos. Quizá no existiera ningún pueblo nórdico en ese nuevo país. Pero lo que no sabían es que aún estaban muy lejos de su objetivo; se encontraban al norte, en las highlands.

Al cabo de cinco días, el clan se había reducido a veinte personas, de las cuales sólo siete eran guerreros. El viaje en barco se había llevado a casi la mitad; muchos de los soldados heridos en la última batalla habían perecido en el mar. Ahora, los que quedaban culpaban al viejo por su obsesión. Hacía ya varios meses que venían huyendo y escondiéndose como criminales, y algunos se estaban arrepintiendo de no haberse unido a Haraldsen cuando comenzó todo. La lealtad había sido la perdición de muchos, y ahora el viejo Jarl no prestaba atención a nadie excepto a su venerada nieta.

Algunos de ellos, liderados por Ivar Stensson, habían comenzado a imaginar que lo mejor sería matar al viejo Gormsson, llevándose a la niña para devolverla con su padre. Asimismo, robarían todo el oro y dejarían a los pocos seguidores que quedaban de su señor abandonados a su suerte en esas remotas tierras.

Stensson era un soldado joven con casi ninguna experiencia y temeroso de lucha. Sus compañeros no entendían cómo había logrado ser soldado, porque a pesar de su gran tamaño era un cobarde para los ojos del jarl. Sin embargo, su padre había sido su amigo y le había permitido ocupar ese puesto. Su largo cabello negro lo diferenciaba del resto del clan y, a pesar de llevar el tatuaje característico de sus compañeros, nunca había sido aceptado completamente.

Había perdido a su esposa e hijo en el viaje hacia Escocia y culpaba a todos los Gormsson de su desgracia. Al principio se lamentaba de su suerte, pero poco a poco comenzó a generar un resentimiento enfermizo hacia el viejo jefe. Ya no le importaba a nada, excepto matar al Jarl y raptar a su descendencia para luego volver a Noruega. Al hacerlo, se uniría a Haraldsen y le llevaría la bebé, contándole acerca de la verdadera procedencia de aquella niña. Su esposa se lo había contado poco antes de morir, ya que ella había asistido a Helga en el parto, y había escuchado la confesión hacia su padre.

Con esto, se ganaría su respeto. El soldado se alimentaba de odio con el correr del tiempo y ya no podía esperar más para concretarlo.

Sin embargo, su infalible plan se vería echado a perder esa misma noche. Los descastados los habían seguido durante todo el día y estaban esperando para atacar, aquellos hombres que no pertenecían a ningún clan y que se dedicaban a atacar poblados o a quien se encontrara en aquellos desolados páramos de Escocia. Al anochecer, todo habría terminado: los nórdicos encontrarían la muerte.

El ataque los tomó por sorpresa. El número de salvajes los superaba por demás, al menos cincuenta guerreros los habían rodeado en cuestión de segundos y casi no hubo tiempo para defenderse. Al ver esto, el Jarl tomó a Kaysa y cuidadosamente la envolvió entre unas mantas de piel, colocándole en su cuello el medallón de la casa Gormsson, que la acompañaría siempre y le permitiría saber sus orígenes. La niña aún dormía cuando la escondió. Sabía que no llamarían la atención a los salvajes, y rogó a sus dioses por protección. Estaba seguro de que no había tiempo para nada más: abrió el cofre lleno de oro y joyas para distraer a sus atacantes y que así, de alguna manera, no notaran a su nieta. Al cabo de unos minutos, una espada atravesaba al Jarl bajo sus costillas produciéndole una herida mortal y dolorosa. Se desangraría en cuestión de minutos.

Antes de cerrar para siempre sus ojos, pudo ver la destrucción a su alrededor. Con lágrimas de resignación, se entregó a Odín, recitando una y otra vez a las valkirias para que lo acompañen al Valhalla. Su último suspiro fue para su niña, su esperanza y su venganza.

Detrás de unos árboles se encontraba Stensson. En el fulgor del ataque se había escabullido rápidamente, y desde su precario refugio fue espectador de aquella masacre. Casi tuvo la intención de unirse a aquellos barbaros para dar él mismo la estocada final al maldito Jarl, pero sabía que los salvajes no le permitirían salir con vida. Permaneció entonces en silencio disfrutando del espectáculo. Observó que los descastados no se habían percatado de la niña y decidió esperar hasta estar fuera de peligro para tomar a la pequeña y luego regresar. Su venganza estaría completa, Kjetill Haraldsen lo recompensaría y se convertiría en héroe.

Pero no contaba con que los bandidos descubrirían su escondite.

No tenía más que una pequeña daga para protegerse, y antes que pudiera escapar, los descastados lo rodearon mirándolo con malicia y satisfacción. Uno de ellos se fue acercando lentamente sonriendo y disfrutando de su víctima, quien rogaba por su vida en un lenguaje extraño.

Otro de ellos reconoció el idioma.

—Es un maldito nórdico. El vikingo está rogando por su vida —dijo, burlándose—.

El compañero disfrutó aún más. El odio por los vikingos era bien sabido en Escocia, siempre estaban incursionando y arrasando con los clanes de la zona. La satisfacción por asesinarlo sería aún mayor.

—Dice que puede hacernos ricos, que debe hablar con nuestro líder —comentó—.

—¿Cómo has dicho? —preguntó intrigado, mientras Stensson los miraba suplicante—.

Al cabo de unos minutos Ivar era arrastrado por los descastados hacia su guarida, donde su señor estaba esperando por el botín.